

MAGO



COLECCIÓN THOMPSON&THOMPSON



# Magdalena Parys MAGO



Traducción del polaco a cargo de  
ABEL MURCIA Y KATARZYNA MOŁONIEWICZ



EX LIBRIS.....



GINGER APE BOOKS&FILMS



**Cofinanciado por  
la Unión Europea**



ESTA OBRA HA SIDO COFINANCIADA POR EL PROGRAMA EUROPA CREATIVA DE LA UNIÓN EUROPEA (SUPPORT TO LITERARY TRANSLATION PROJECTS). HA CONTADO CON UNA AYUDA A LA TRADUCCIÓN DEL PROGRAMA DE TRADUCCIONES © POLAND DEL INSTYTUT KSIĄŻKI Y UNA AYUDA A LA EDICIÓN DEL MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE DE ESPAÑA

TÍTULO ORIGINAL: *Magik* (2014)

AUTORA: Magdalena Parys

TRADUCTORES: Abel Murcia y Katarzyna Mołoniewicz

COLECCIÓN: Thompson&Thompson

TT12-00025-A

PRIMERA EDICIÓN EN GINGER APE BOOKS&FILMS: abril de 2023

DE LA EDICIÓN ORIGINAL: COPYRIGHT © Magdalena Parys por acuerdo con Authors' Syndicate Lit & Script Agency, Varsovia y AGORA S.A. Polonia

DE LA TRADUCCIÓN: COPYRIGHT © Abel Murcia y Katarzyna Mołoniewicz

DE LAS IMÁGENES INTERIORES: COPYRIGHT © Marian Stefanowski y Jochem Blume

DE LA PRESENTE EDICIÓN: COPYRIGHT © Ginger Ape Books&Films

© COPYRIGHT

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-124622-1-0

DEPÓSITO LEGAL: AL 600-2023

THEMA: FBA

GINGER APE BOOKS&FILMS, S. L.

[WWW.GINGERAPEBOOKS.COM](http://WWW.GINGERAPEBOOKS.COM)

[WWW.FACEBOOK.COM/GINGERAPEBOOKS](http://WWW.FACEBOOK.COM/GINGERAPEBOOKS) · [WWW.TWITTER.COM/GINGERAPE](http://WWW.TWITTER.COM/GINGERAPE)

# PRELUDIO



Lo machacaban a culatazos, le pateaban el estómago y la cara. Vi sus ojos abiertos, ya extrañamente nublados, y vomité. Sabía que de un momento a otro me tocaría a mí. No sentí miedo, sino una extraña apatía a la espera del último golpe. Uno de los verdugos ya se estaba girando, las hojas pisadas olían más fuerte; vi unas grandes botas que se dirigían hacia mí. No estaban muy lejos. Quizás a unos dos metros. Me dieron una patada en la cara. Sentí un sabor dulzón en la boca. El balazo en mi pierna dejó de dolerme. Eso de que un dolor con otro se quita es verdad.

—¡Mira, esa carroña está vomitando! —le gritaron sobre mi cabeza las botas a la culata negra que aporreaba el extrañamente rígido cuerpo de Boszewski.

La culata se acercó a mí.

—¿Has sacado los papeles? —preguntó.

—¡No!

—¡Pues sácalos, que se van a manchar!

—¡Me da asco! ¡Este tío es puro vómito!

La culata se levantó sobre mí. Y después ya solo hubo oscuridad.

Otra vez aquella pesadilla durante la cual le contaba a alguien su muerte.

Frank Derbach se sentó sobre la cama. Miró a su alrededor. De la penumbra emergieron unas formas desconocidas y unos objetos impersonales. Se levantó. Hizo la cama. Le gustaba el orden. Le daba seguridad en sí mismo, algo que siempre le había faltado. Alisó un borde rebelde del edredón y pensó asqueado que, en aquella cama, aparentemente limpia, había dormido mucha gente antes que él.

Encendió la lámpara y se acercó a una pequeña ventana.

Era muy temprano, quizás las seis de la mañana o ni siquiera eso. En el patio gris se oyó el maullido de un gato y el estruendo de la tapa metálica de un contenedor de basura. Una cocinera del hotel tiraba unas bolsas llenas de residuos. Un día como otro cualquiera en cualquier ciudad.

Alguien llamó a la puerta. Frank Derbach no dijo «adelante», no se inmutó, quizás solo se sorprendió un poco de que la persona a la que estaba esperando apareciera tan pronto.

—¿Eres tú? —preguntó en voz baja desde el interior.

—¿Y quién si no? —contestó la impaciente voz de una mujer.

Abrió la puerta y la hizo pasar.

Observó atentamente cómo ella, con paso seguro, se acercó a la ventana en una habitación que no era la suya, bajó la persiana, se sentó en el único sillón y dijo:

—Te escucho.

—Va a ser el negocio de tu vida.

—Veremos —dijo la mujer sin esbozar ni una sonrisa.



# CAPÍTULO I



*Se decía que era una ciudad muy saludable.*

*Pocos gérmenes sobrevivían*

**TERRY PRATCHETT, *Brujerías***

(Trad. Cristina Macía Orío)



Gerhard apagó el móvil. Frank Derbach había llamado ya tres veces, estaba muy nervioso, quería que se vieran inmediatamente. Gerhard le prometió que en cuanto resolviera sus asuntos iría a verlo a su hotel.

—No, mejor que no sea en el hotel.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—¿Has bebido?

—No.

Finalmente quedaron en un bar cerca del hotel en el que se había alojado Gerhard.

—Vas a venir, ¿verdad?

—Claro que sí —contestó Gerhard algo molesto por la insistencia.

—Te estaré esperando. —Frank Derbach colgó.

El taxi avanzaba lentamente en medio del atasco de la mañana. Gerhard observaba las calles grises y anchas de la ciudad. Sofía le recordaba la Varsovia de los años noventa. Primero, llegarían los hoteles de lujo, después, los bancos, finalmente, las farmacias, y después todo lo demás. Ya se vería. Minutos más tarde estaba en una oficina pública, sentado en una dura silla, esperando a que la empleada acabara de pintarse los labios, hiciera unas llamadas y por fin lo mirara a él. El lugar era al mismo tiempo sala de espera y oficina de atención al público.

La empleada era amable, pero Gerhard se dio cuenta rápidamente de que se limitaba a darle respuestas imprecisas e insuficientes. Al final, Gerhard optó por decirle directamente qué lo llevaba por allí.

—Piotr Boszewski, polaco, un ingeniero de Breslavia. Desapareció en Bulgaria en mil novecientos ochenta. Nadie sabe qué fue de él. Estaba de... —Dudó un momento qué palabra utilizar: *holiday* o *vacation*—. De vacaciones con su mujer y no regresó.

—Entonces habrá que buscarlo en los archivos polacos, digo yo. —La empleada se encogió de hombros.

—Pues yo creo que aquí. Yo sé que aquí —se corrigió.

—Hay tanta gente que ha desaparecido —suspiró—. Alemanes, búlgaros, polacos también.

—A mí me interesa ese polaco en concreto.

—¿Qué le hace pensar que ese polaco desapareció aquí? —Se limpió las gafas y miró a Gerhard con sus ojos miopes y cansados.

Gerhard le enseñó una foto.

—¿Qué es esto? ¿De dónde la ha sacado? —Miró, incrédula, la foto.

¿Realmente pensaba que se lo diría? ¿El nombre, la dirección, su oficio?

El hombre mayor que le había dado la foto y que había traducido el texto al alemán, Burkhard Seidel, llevaba muchos años gestionando un archivo privado, reuniendo documentos, fotografías, grabaciones, y facilitándoselos a los interesados. En 1985, sus dos hijos murieron durante un intento de fuga hacia la libertad a través de la frontera búlgara. Nunca se encontró a los culpables, el padre no escuchó ni una palabra de condolencia.

El archivo de Seidel ya no era ningún secreto. Cualquiera que quisiera saberlo podía comprobar fácilmente que en Leipzig vivía un hombre que había reunido más materiales sobre desapariciones no esclarecidas en la frontera búlgara que todos los ministerios y archivos juntos.

Gerhard podía decirle a la empleada de dónde había sacado la foto.

Podía, pero no quería.

Seidel le dijo que la foto había sido tomada en el lugar concreto en la frontera búlgaro-griega donde había sido hallado el cadáver de un polaco, probablemente el de Piotr Boszewski. Desgraciadamente, el apellido en el reverso era ilegible. Lo único que se podía leer era una desvaída letra *B* no se sabía qué le seguía, tal vez una *a*, una *o*, o una *c*. Seidel sugirió que se trataba del apellido Boszewski. En el reverso había también un número cuyo significado no conocerían hasta unos meses más tarde, gracias a la ayuda de Frank.

—¿Tiene más fotos de estas?

Por debajo de los párpados azules lo miraban unos ojos atentos, unos rizos insubordinados rodeaban una cara llena, a Gerhard todo eso aún le parecía divertido.

—No tengo —mintió.

La mujer miró el reverso de la foto, la alisó una, dos, tres veces.

—¿Sabe qué es esto? —Indicó un lugar amarillento en el que aparecían unas cifras y un texto emborronado escrito en cirílico. Hasta el momento, ella le había hecho más preguntas a él que él a ella.

—No tengo ni idea —volvió a mentir.

La empleada se quedó mirándolo fijamente un buen rato. Quería hacerle otra pregunta, pero al oír que se abría la puerta, se enderezó y se colocó mejor las gafas.

La mujer alta que apareció en la puerta miró primero a Gerhard y después a su compañera. Había en ella algo de escultura romana. Tenía unos ojos preciosos. Gerhard lamentó profundamente que no fuera ella su interlocutora. Le sonrió. Ella le correspondió con otra sonrisa y se acercó a la mesa.

—Ekaterina Koneshova. —Le tendió la mano—. ¿Viene usted desde Alemania? —Miró a su compañera—. ¿Cómo lo llevas?

—Bien, bien. Todo bajo control. Estamos hablando. —Las manos de la empleada taparon rápidamente la foto, cosa que a

Gerhard no le pasó desapercibida.

—Creí que podías necesitar ayuda. —Se dirigió a ella Ekaterina Koneshova y acto seguido llamó con la mano a un oficial de uniforme que acababa de aparecer por la puerta.

La mujer sonrió, inclinó la cabeza a modo de despedida y salió. La empleada también salió. El tipo del uniforme, en cambio, se acercó, balbuceó un apellido y un rango y le tendió la mano a Gerhard.

—Veamos qué tenemos aquí —dijo en inglés y clavó la mirada en la foto; después, cogió los documentos que había sobre la mesa frente a Gerhard y empezó a ojearlos.

Escuchó con atención la historia que Gerhard contaba ya por segunda vez ese día. En esta ocasión le iba mucho mejor, acababa de mencionar que se trataba de un ingeniero, que había desaparecido, que estaba de *holiday*...

El oficial frunció el ceño.

—Aquí no va a encontrar usted nada —dijo en un alemán impecable—. Además, es necesario el consentimiento de los familiares de la víctima, legalizado ante notario, traducido al búlgaro y legalizado una segunda vez. Es lo que dice la ley. —Se encogió de hombros.

—Tengo las declaraciones de los familiares.

—Pero no están legalizadas en Bulgaria. Además...

—¿Dónde puedo legalizarlas? —le interrumpió Gerhard.

—A ver. —El militar se sentó sobre la mesa ante la que estaba sentado Gerhard—. Voy a serle sincero. Aunque me traiga una pila de certificados, solo podrá consultar el contenido de dos cajas de cartón. Es todo lo que tenemos. Pero ya le puedo adelantar que no encontrará allí los documentos que está buscando.

—¿Dónde los puedo encontrar, entonces?

—En un lugar al que ni usted ni yo tenemos acceso. En los archivos del Ministerio de Defensa, en los documentos clasificados de los servicios secretos del ejército.



Gerhard fingió sorpresa.

—¿Por cierto, dígame, de dónde ha sacado usted que se trata precisamente de Boszewski? —preguntó el militar mirando con mayor atención a Gerhard.

—¿Y a usted qué le hace pensar que existen documentos secretos concernientes precisamente a Boszewski? —le respondió Gerhard con otra pregunta.

—La mayoría de la información relacionada con las personas asesinadas se encuentra allí. Aquí no tenemos nada. —El oficial sonrió enseñando unos dientes sorprendentemente blancos—. En nuestro archivo no hay nada sobre ese hombre —repitió subrayando sus palabras.

—Es curioso —observó Gerhard—. ¿Eso quiere decir que confirma usted que el muerto de la foto es una persona a la que mataron mientras intentaba huir?

—Es una suposición, una deducción, no sé. Además, lo acaba de decir usted.

—Yo no he dicho nada parecido...

—¿Me permite, entonces, que me quede con la foto para que podamos excluir o confirmar esa posibilidad? —Adelantándose a nuevas preguntas, el militar se levantó y le dio la mano a Gerhard—. Nos pondremos en contacto con usted por escrito. Lo siento. Se podía haber ahorrado la molestia de venir.

—Preferiría quedarme con la foto —dijo Gerhard.

—Confíe en mí. —El oficial bajó la voz.

Tras la extraña declaración, Gerhard quiso decir algo más, pero el oficial dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Al alcanzar la puerta se detuvo, volvió a acercarse a Gerhard y, adoptando una expresión indiferente, preguntó como de pasada.

—¿De dónde ha sacado la foto?

—Me la encontré —dijo Gerhard.

Gerhard estaba en su hotel, tumbado sobre la cama; sentía leves síntomas de la enfermedad coronaria que padecía. Era algo que no se tomaba a la ligera y por primera vez en años pensó que debería cuidarse más. Se paró un momento a pensar si se había tomado las pastillas. Se las había tomado, se las tomaba siempre, todo era como siempre. Y, sin embargo, el latido acelerado del corazón y los síntomas de una tensión alta lo inquietaron. Intentó respirar tranquilamente y pensar en cosas agradables, pero pasado un cuarto de hora se levantó y sacó del neceser una pastilla que tomaba muy raras veces, solo en situaciones de emergencia. La última vez había sido la semana anterior, el día que Kryschtyna se fue de casa sin decir una palabra.

La pastilla hizo efecto rápidamente. Le era imposible decir cuándo se había quedado dormido. Despertó una hora después, sudando, con sensación de angustia.

Gerhard, de formación fotógrafo y politólogo y de profesión reportero gráfico, nunca menospreciaba los presentimientos, todas aquellas señales negativas o positivas que aparecían independientemente de que le apeteciera realizar un encargo o no. Si la intuición le decía «no», era capaz de retirarse de un proyecto en el último momento y nada ni nadie podía convencerle de que cambiara de opinión. Como consecuencia, a menudo abandonaba las tareas difíciles y con el tiempo pasó a ser un especialista de temas cotidianos y aparentemente triviales.

Es muy probable que por eso sus exposiciones las inauguraran presidentes y embajadores, que preferían un arte alejado de la política y de las páginas oscuras de la historia. Y que por eso a Dagmara y a Kryschtyna les parecieran aburridas. Dagmara lo manifestaba en voz alta y abiertamente, y Kryschtyna, a su manera, sin decir nada. Dagmara le reprochaba incluso que fuera un fotógrafo que hablaba de forma interesante sobre nada.

Dagmara era demasiado joven, demasiado... ¿Cómo era

Dagmara? Dagmara era como su madre, una idealista. Gerhard suspiró. Apartó sus pensamientos de Kryschtyna.

Ella se había ido, ya no estaba.

No se iba a poner a pensar en ello en ese momento.

Ella no le entendía.

Ni siquiera él se entendía a sí mismo.

¿Para qué había ido allí? Desde hacía un mes, ni él ni Seidel tenían la menor duda de que Boszewski había muerto en la frontera búlgara. Tras su último encuentro, en el que había estado también Frank, Gerhard decidió, sin embargo, comprobarlo personalmente. Aunque todo parecía claro. El acta de defunción, los resultados de la autopsia, las fotografías. Un documento de varias páginas en búlgaro. Había sido expedido en Sofía y le había sido asignado el mismo número que aparecía en el reverso de la foto, la misma que les había entregado Frank, que Gerhard había enseñado por la mañana y que se había quedado el oficial. Gerhard no necesitaba una confirmación de que en la foto aparecía Boszewski y, sin embargo, esa mañana, en aquella oficina, la había recibido. Por suerte, en casa tenía dos copias más de la foto. Era increíble cómo se despachaban los asuntos en aquel país. Seidel tenía razón en todo cuando le puso sobre aviso.

¿Y entonces, para qué había ido allí?

Apenas en ese momento, reconoció ante sí mismo que su viaje tenía dos objetivos: comprobar si Frank Derbach decía la verdad y retrasar la conversación con Dagmara.

Ya no había nada que hacer. Tenía que escribir a Dagmara. Se lo debía a Kryschtyna. No podía permitir que el peso de la conversación con su hija cayera sobre ella. Sacó el teléfono del bolsillo. Se puso las gafas. Frank Derbach había vuelto a llamar. ¡Qué pesado! Estaba claro que era algo que le interesaba mucho.

Sacó una libreta pequeña. Empezó a escribir, tachó lo que había escrito, empezó de nuevo. Cogió aire como antes de una carre-

ra larga y escribió con letra mayúscula: A LA ATENCIÓN DE DAGMARA. Lo tachó, rompió la hoja y lo intentó otra vez:

*Mi pequeña y querida Dagmara:*

*Durante todos esos años no he tenido el valor de decirte que conocí a tu padre antes incluso de conocer a tu madre. Nunca encontré el momento apropiado. Intenté decírtelo todo en más de una ocasión, pero siempre surgía algún impedimento. Posiblemente el miedo. Me daba pavor reconocerlo. Todos los momentos me parecían inoportunos. Cuanto más tiempo pasaba, más difícil era.*

*Lamento enormemente que te enteres de todo tantos años más tarde y, además, por carta, pero en este momento ni siquiera puedo llamar por teléfono. Créeme, preferiría contártelo personalmente. No sé qué giro tomarán las cosas y cuándo nos veremos. No te preocupes, por favor. Te lo explicaré todo con detalle a mi regreso.*

*Recordarás que no hace mucho rodé una película sobre un teatro infantil. El fundador de ese teatro era Burkhard Seidel, un hombre mayor que dedicó media vida a los títeres y que cuando se jubiló, empezó a crear un archivo singular. A mí no me interesaban sus títeres, sino precisamente ese archivo. Me hice amigo suyo, tardé un año en acabar la película sobre los títeres porque todo el tiempo hablábamos de otras cosas. Me contó la historia de sus hijos, asesinados a tiros cuando intentaban cruzar ilegalmente la frontera búlgaro-griega. Nunca llegó a conocer las circunstancias exactas de la muerte de sus hijos, aunque viajó varias veces con su mujer a Bulgaria y removió el cielo y la tierra de aquellos tiempos buscándose la enemistad del régimen y arriesgándose mucho. Después de muchos años consiguió reunir un considerable archivo que documentaba lo sucedido en las fronteras búlgaro-griega y búlgaro-turca. Me enseñó todo aquello. En*

*sus materiales encontré una pista sobre tu padre. En el curso de mi investigación, digamos, privada, averigüé cosas aterradoras.*

*Hay algo que puedo afirmar ya ahora con toda seguridad: he resuelto el secreto de la desaparición de tu padre. Sé que son muchas noticias estremecedoras juntas, pero tienes que saberlo.*

*Dagmara, me cuesta escribir esto: a tu padre —el marido de tu madre, mi amigo— le tendieron una trampa para que se presentara en la frontera y allí lo mataron.*

Era, sin duda, la carta más terrible que había escrito en su vida.

Sintió bajo los párpados lágrimas de impotencia y de vergüenza. La vergüenza de haber ocultado la verdad durante tantos años.

Era cierto que no podía llamar a Dagmara, pero no era menos cierto que si hubiera podido, tampoco lo habría hecho, no tenía fuerzas. Se las había arrebatao la conversación con Kryschtyna. Se había armado de valor y le había dicho que antes de haberla conocido a ella, había conocido a su primer marido, que...

Le dijo a Kryschtyna casi todo.

¿Qué esperaba después de tantos años?

¿Comprensión?

Al mirar después la espalda encorvada de Kryschtyna dirigiéndose lentamente hacia la puerta, comprendió que había cometido dos terribles errores en su vida. El primero, no haber dicho la verdad, el segundo, haberla dicho finalmente. Era como si un movimiento tectónico hubiera trasladado al Gerhard de entonces al lugar del Gerhard actual, cambiando malévolamente las frases, el tiempo, y a él, haciéndolo pasar de viejo a joven, de joven a viejo. Era un estúpido. Estúpido sonaba mejor que cobarde.

Había que acabar.

Estuvo un rato pensando qué palabras utilizar para tranquilizar a Dagmara, pero no se le ocurría nada. Miró el reloj. Eran ya las dos pasadas. Llegaría tarde al encuentro con Frank Derbach.

Frank vivía y trabajaba en Berlín, pero hacía poco había perdido un largo permiso sin sueldo y llevaba una semana en Sofía. Había insinuado incluso que estaba considerando dejar el trabajo porque ya había resuelto todos los asuntos que se había propuesto resolver. Así era Frank, llevaba veinte años trabajando en el Comisionado Federal para los Archivos de la Stasi y trataba aquello como un asunto que resolver. Seguía teniendo muchos asuntos. Gerhard lo conocía desde hacía mucho tiempo y a menudo tenía la sensación de que Frank tenía varias vidas más, varias reencarnaciones, se podría decir, pero en ese momento prefería no pensar en ello. De todas formas, en la vida de Frank Derbach debía de estar sucediendo algo extraño y sumamente importante porque incluso había dejado de beber. Estaba inmerso en una «investigación personal», según sus palabras y, al parecer, había descubierto por casualidad unos materiales que, según él, podían serle útiles también a Gerhard, pero Gerhard ya no necesitaba nada. Lo tenía todo. Pensaba reunirse con Frank sobre todo por la insistencia de Seidel al que apreciaba y respetaba.

A Seidel le parecía absurdo que Gerhard viajara a Sofía y había intentado disuadirle.

—No entiendo qué se le ha perdido a usted allí. —Se sorprendía—. Pero ya que va, estaría bien que se encontrara allí con nuestro Frank. Al parecer, ha descubierto algo extraordinario. —Sonrió y durante unos instantes estuvo escogiendo cuidadosamente las palabras que debía utilizar—. Mencionó que quería enseñarle algo, no tengo ni idea de qué se le habrá ocurrido esta vez.

Gerhard lo miró con interés.

—Sí, sí, sé lo que piensa usted de él —continuó Seidel, aunque Gerhard hacía ya un tiempo que estaba lejos de opinar de Frank lo que suponía su interlocutor—. Es un loco y, por lo

tanto, impaciente como todos los locos, pero ya sabe usted lo que pasa con los locos..., siempre hay un uno por ciento de posibilidades de que no lo sean.

El bueno y viejo Seidel era una persona paciente, creía incondicionalmente en los seres humanos, incluso en los payasos y los fanáticos, y a Frank lo consideraba precisamente eso, un fanático inofensivo. Lo trataba con una indulgencia especialmente cordial, aunque las teorías conspirativas de Frank a veces conseguían sacarlo de quicio incluso a él. Según Seidel, no había gente mala. Gerhard sentía una sincera admiración por él, por su tolerancia sobrehumana, por su infinita capacidad de comprender todo y a todos. En su archivo, desde hacía veinte años, había una cita colgada sobre la puerta que el propio Seidel había grabado en madera:

*El humanismo no es decir: «Lo que yo he hecho no lo ha hecho ningún animal», sino decir: «Hemos rechazado lo que en nosotros quería el animal, y queremos encontrar al hombre allí donde hemos encontrado lo que le destruye».*

*André Malraux*

—Cuanto menos odio, más salud, señor Gerhard —solía decir. Y tras un instante, añadía reflexivamente—: eso no quiere decir que la muerte de los tuyos no duela. Duele igual, pero es un dolor un poco más noble. —En su cara aparecía algo similar a una sonrisa. Gerhard no era capaz ni siquiera de esbozar una mueca falsa.

Cerró la puerta.

Era una puerta fina; oyó sonar el teléfono, sería alguien de recepción. Insistían todo el tiempo en limpiarle la habitación. A pesar de que iba a llegar tarde, decidió ir dando un rodeo. Pasó por un mercadillo donde vendían especias y frutas extrañas que

veía por primera vez en su vida. Decidió que ese mismo día volvería allí con la cámara de fotos. Cruzó la calle y se acercó sin prisas a una pequeña cafetería en la esquina. A pesar de los humos de los coches, por primera vez ese año sintió la primavera; hacía mucho calor.

Lo separaban no más de doscientos metros de la cafetería cuando de repente percibió cierta agitación en la puerta. En un primer momento pensó que no era posible, pero sí, su vista no lo engañaba. Dos hombres sujetaban a Frank por los brazos y lo conducían directamente a un coche aparcado encima de la acera. Frank intentaba zafarse y gritaba, sus pies apenas tocaban el suelo. Poco después desapareció en el interior del coche que arrancó inmediatamente. Todo aquello no duró más de diez segundos.

Hacía sol, en la calle había mucho ruido, mucha gente, riadas de personas salían de las tiendas, corrían a sus quehaceres cotidianos. Parecía que nadie había visto ni oído nada. Gerhard fue el único que se quedó un rato largo observando el lugar en el que poco antes estaba un BMW negro. No sabía qué hacer. Camino del hotel fue sopesando todas las posibilidades. ¿Llamar a la policía? ¿Contactar con la embajada? ¿Qué hacer?

En cuanto entró en el hotel, en la recepción le comunicaron que alguien había dejado un paquete para él. Gerhard estaba aún demasiado ensimismado pensando en lo que acababa de suceder y en un primer momento no entendió de qué se trataba.

—¿Qué es esto? —preguntó levantando la vista hacia el alto recepcionista.

—Un paquete para usted —repitió el recepcionista obsequiándole a Gerhard con una sonrisa profesional.

—¿De parte de quién?

—No le sabría decir. Lo trajo alguien diciendo que era para usted.

—¿Quién?



—Un chico —contestó tranquilamente el recepcionista haciendo un gesto indefinido con la mano.

Gerhard echó una mirada al vestíbulo del hotel. Solo vio a un matrimonio mayor. Se apoyó en el mostrador y miró al recepcionista directamente a los ojos.

—No espero ningún paquete.

El joven aguantó su mirada. Era un búlgaro enorme, ancho de espaldas, de mirada afable. Llevaba dos años trabajando en el hotel y pensaba llegar muy alto. La dirección le había concedido, por tercera vez consecutiva, el distintivo de «empleado del mes», cosa que, desgraciadamente, no conllevaba ninguna gratificación económica. Pero a Radostin Petrov, «empleado del mes», aquello no le molestaba para nada, celebraba todos los días su trabajo sin imaginar ni por un segundo cualquier otro. El hijo de campesino de las abruptas montañas no piensa en tonterías cuando le sonrío la suerte. Radostin veía su futuro en el hotel; unos años antes había acabado una escuela de hostelería, lo que a su familia le había costado una fortuna, hacía una semana había regresado de un curso de formación en Dubái, organizado por una cadena de hoteles de renombre. Su vida se estaba desarrollando según un plan divino. ¿Qué más podía pedir?

Le sonrió al cliente de forma tranquilizadora y le preguntó:

—Entiendo. ¿Quiere que nos ocupemos del tema?

Gerhard lo miró con ojos extraviados.

—No, no. Gracias. ¿Cuándo lo han traído?

—Hace una hora. Le llamamos a usted varias veces.

—Cámbieme el billete de vuelta para hoy, por favor.

—Naturalmente. Ahora mismo nos ocupamos.

—Si puede ser, para el primer vuelo disponible —añadió Gerhard, preocupado por el hecho de que le temblara la voz.

—Haremos todo lo posible.

Apenas entró en la habitación, recibió una llamada del recepcionista que le dijo que lo sentía mucho, pero que no quedaba ninguna plaza libre en el vuelo de ese día. Que podría ser al día siguiente a primera hora y que si quería que le cambiara el billete. Gerhard contestó que no era necesario porque su billete era precisamente para ese vuelo. Dio las gracias y colgó.

Se puso a dar vueltas por la habitación como un tigre enjaulado sin quitar la vista del gran sobre gris.

Se sentaba.

Se volvía a levantar.

Se ponía a dar vueltas de nuevo.

Al cabo de una hora abrió el sobre. Reconoció inmediatamente la letra de Frank y arrugó la hoja a toda prisa. Dudó por un instante si llamar a Seidel o mejor a un amigo suyo, un alto mando de la policía en Berlín, pero creía conocer la reacción de ambos. El amigo no le serviría de nada y Seidel se pondría nervioso innecesariamente.

Se tumbó sobre la cama y se puso a esperar. El tiempo iba pasando. No sucedía nada sospechoso. Sacó del bolsillo la hoja arrugada y la volvió a leer:

*Nadie sabe que te he enviado esto. Me están siguiendo.  
No vengas a nuestro encuentro. Antes de leer el resto revela las  
fotos, haz copias y colócalas según las instrucciones.*

En el interior del sobre había, efectivamente, unos negativos, una hoja con lo que podían ser unas instrucciones, un pequeño sobre blanco y una carpeta algo amarillenta. Su sexto sentido le decía que aquello de lo que llevaba toda la vida huyendo acababa de alcanzarlo. Un miedo infinito acechaba por todas partes, por lo que quizá habría llegado la hora de enfrentarse a él.

Un taxi lo llevó a un centro comercial. En una tienda gran-

de, con predominio del color rojo y el mismo aspecto en todo el mundo, adquirió un teléfono móvil de prepago y papel fotográfico. En una droguería compró artículos de limpieza, unas tijeras, una cuerda y unos guantes de goma. Una planta más abajo, en una farmacia, escribió en una hoja: «Na<sub>2</sub>S<sub>2</sub>O<sub>3</sub>» y se la entregó a la sorprendida farmacéutica.

La mujer abrió los ojos de par en par:

—¿Cuánto quiere de esto? —le preguntó en inglés.

—Tres kilos —bromeó.

Después compró también dos ensaladas en envases de plástico. Se comió una y tiró la otra. Una vez en el hotel, lavó cuidadosamente los envases e inmediatamente se puso manos a la obra. En uno de los envases vertió tiosulfato de sodio, en el otro echó agua.

Entrecerró la puerta del baño y apagó la luz. Tardó varias horas en revelar y fijar las fotos y en secarlas después en una cuerda. Cincuenta fotografías en total. Movidas, borrosas. Las inspeccionó atentamente con creciente desaliento.

¿Qué se suponía que era aquello?

Se puso con la última fase: siguiendo el orden de la numeración facilitada por Frank en las instrucciones, colocó las fotos en cinco columnas verticales, muy pegadas la una a la otra. Una hora más tarde le dolían la nuca y los ojos.

Las fotos seguían secándose.

Él miraba y miraba y nada.

Unas siluetas borrosas. ¿Y qué?

Pensó que igual era por la penumbra que reinaba en la habitación. Se levantó y encendió una lámpara. Una estela de luz se proyectó sobre las fotos. Al principio no vio nada especial, pero cuando se alejó un poco y miró las fotos desde diferentes ángulos, la imagen le heló la sangre. Abrió el sobre, leyó algunas frases cortas y se hincó de rodillas de la impresión.

Abrió la ventana.

El bullicio de aquella ciudad de millones de habitantes acrecentó el caos de su cabeza. Se sentía como un náufrago en alta mar flotando sobre un tronco sin recordar cómo había llegado hasta allí.

Con un movimiento enérgico abrió el minibar. Se puso a beber como el consumado borracho que nunca había sido. No se sintió ni mínimamente mejor. Cruzó la habitación con pasos rápidos. Poco faltó para que no llegara al baño. Reinaba allí aún un penetrante olor a soda.

Vomitó.

Un buen rato después metió la cabeza bajo un chorro de agua fría sin poder alejar de su mente la imagen que acababa de formar. Un hombre alto con una pistola en la mano, vestido de paisano, rodeado de soldados. A sus pies, un cuerpo masacrado. A Gerhard no le cabía ninguna duda de que era un cadáver. La calidad de las fotos no era demasiado buena, la cara del hombre de la pistola se distinguía algo mejor, como si hubiera sido resaltada a propósito.

La lacónica información en el sobre decía:

*Seguro que reconoces a la persona de la foto. Es Christian Schlangenberger. Tiene muchas víctimas sobre su conciencia. Es el responsable de la muerte de Boszewski y de otros opositores de la Europa del Este. Ahora abre la carpeta...*

Gerhard había visto a Schlangenberger más de una vez en carteles electorales y programas de televisión. Probablemente no había nadie en Alemania que no lo conociera. Christian Schlangenberger pertenecía desde hacía años a la élite política de la Alemania unificada.

Gerhard se sentó sobre la taza del váter. Se secó la calva con una toalla y miró, impotente, a su alrededor.

¿Y ahora qué? Se sintió así por última vez en 1968 cuando par-

tipicó sin querer en los disturbios estudiantiles. Solía evitar el caos, los problemas, las aglomeraciones. Pero era fotógrafo. El Gerhard de aquella época era un Gerhard joven, un flamante reportero gráfico del grupo editorial Springer, antiestudiantil, anti 68 y anti todo lo que perturbaba el orden. Desgraciadamente, había una mani, así que él también tenía que estar en la mani. Antes de que pudiera darse ni cuenta, un energúmeno con cazadora parduzca le dio con una porra. Una ceja partida, el jersey desgarrado, y todo por intentar proteger la cámara de fotos. ¡Nadie iba a romperle su cámara! Sus ilusiones se fueron a tomar por culo, como solía decir un amigo suyo estudiante, que después sería enemigo y después otra vez amigo. Así que sus ilusiones se desmoronaron como castillos de naipes y le quedaron las siguientes alternativas: dirigir la cámara hacia los estudiantes golpeados y hacia los energúmenos que los golpeaban, o hacia el estudiante bañado en sangre que estaba justo a su lado y hacia las numerosas caras de sus verdugos que se apelotonaban alrededor de él. ¿Para qué? Nadie lo sabía. Fue la primera vez que confió en su instinto profesional, que dejó de pensar y se centró en hacer lo que siempre había querido hacer. Al día siguiente, en todo el país se pudieron ver las fotos de ese altercado; en la prensa del grupo Springer aparecían en las páginas finales, en la que no era de ese grupo, en portada. El estudiante de la foto sobrevivió, murió otro. Era una historia larga y compleja, un nuevo capítulo en los anales de Alemania. Para Gerhard en particular, reportero gráfico, la manifestación no habría tenido mayor importancia de no ser él quien había tomado *aquella* famosa foto. Muchos años más tarde, *Spiegel* incluiría a Gerhard en la lista de «Los más valientes del año 68». Gerhard conocía a gente más valiente que él, pero aceptó aquel regalo del destino. Lo llamaban «el zorro», «el fotógrafo zorro», «el contrabandista de los acontecimientos callejeros».

—Vete a tomar por culo —resumió el estudiante amigo, hoy alto cargo de la policía, hasta la fecha todavía no galardonado,

que desde los sucesos del 68 cojeaba ligeramente de la pierna derecha.

Serían muchas las fotos que Gerhard sacaría más tarde y mucho el esfuerzo, pero la condecoración que recibiría de manos del sexto presidente de la Bundesrepublik Deutschland, Richard Karl Freiherr von Weizsäcker, sería una vez más por aquellas fotografías y por su valor en el 68. Y si bien en el momento en que el presidente le colgaba la condecoración, Gerhard estaba en posición de firmes y con expresión grave, cuando lo recordaba en la actualidad, su gesto era un tanto equívoco. De alguna manera, no estaba del todo convencido de habérsela merecido.

Tras una hora, Gerhard, zorro y héroe, decidió hacer lo que mejor se le daba. Sacó de la bolsa la cámara de fotos y empezó a sacar copias exactas de todos los elementos del rompecabezas.

Cuando acabó, cogió la carpeta con el nombre desvaído de Boszewski y se puso a leer. Tanto Seidel como él habían oído a Frank decir muchas cosas, pero no acababan de creerse lo que les contaba.

—¡Dios santo! —dijo en voz alta cuando terminó. Estuvo un rato pensando si cambiar la carta para Dagmara, si escribir otra carta al amigo policía o si hacer las dos cosas. Pero el tiempo volaba. Necesitó una hora para completar el material y protegerlo debidamente. Se sentó ante al escritorio y miró el reloj.

*Dagmara, te pido, por favor, que no le digas nada de esto a nadie. Todavía no. Démonos todos un tiempo. El asunto es más serio de lo que yo suponía. Hay que tener mucho cuidado.*

*Confía en mí y sé prudente.*

El miedo que le provocaba la conversación con Dagmara desapareció. Fue desplazado por otras cuestiones. Gerhard tenía

que acabar lo que había empezado y no tenía derecho a exponer a nadie.

Tras vacilar un instante, añadió aún:

*P. D.: Perdóname.*

Puso un punto, grande como un botón, y dobló la hoja por la mitad, y de nuevo por la mitad, y otra vez por la mitad, hasta hacerla muy pequeña. La alisó rápidamente. Llegó a la conclusión de que ya no había tiempo para más cartas.

Limpió a fondo la bañera y el lavabo del cuarto de baño con un detergente. Vació la papelera. Inspiró profundamente y se miró en el espejo. Vio que tenía una línea fina, apenas visible, en la nariz, que creía no tener el día anterior. Se duchó, se vistió y se echó unas gotas de colonia. Le pareció que aquel último gesto lo aproximaba un poco a la normalidad. Porque de repente su vida había enloquecido. Sacó el móvil de prepago que tenía la intención de utilizar una sola vez.

Justo en ese momento.

Llamó.

Seidel respondió inmediatamente como si sospechara quién podía andar oculto tras aquel número desconocido. Gerhard le contó en unas cuantas frases el secuestro de Frank, lo del paquete y quién era el hombre de la foto.

Su interlocutor estaba callado. Tardó bastante en decir algo. Tenía la voz cambiada, pero era Seidel.

—¿Está usted seguro de que era Frank?

—¡Lo he visto con mis propios ojos!

—¡Tiene que regresar inmediatamente!

—¿Y dejar a Frank así?

—A él ya no le puede ayudar.

—Pero...

—¡Regrese usted! ¿Me oye? —Seidel nunca levantaba la voz.

En ese momento, estaba casi gritando. Gerhard comprendió que se sentía responsable de él y de Frank—. ¿Está seguro de que es Schlangenberger? —preguntó Seidel para acabar.

—Sin ninguna duda. Su cara se distingue muy bien.

—Eso significaría que Frank tenía razón en todo —gimió Seidel.

—¡Póngase en contacto con Tschapieski y cuénteselo todo! —dijo Gerhard a toda velocidad.

—¿Con quién?

—¡Con Tschapieski!

—Vale, vale, pero haga el favor de regresar —acabó Seidel, nervioso, y colgó.

Gerhard le envió a Seidel un SMS con el número de teléfono de Tschapieski y sintió que se había quedado solo en el campo de batalla. Muy solo.

Metió sus cosas en una bolsa de viaje, todo lo demás en dos bolsas de plástico rojas. Echó una última ojeada a la habitación y salió. Eran las veintidós horas, pero había decidido pasar la noche en el aeropuerto. Bajó en ascensor, fue al restaurante y salió por una puerta lateral al patio del hotel. Buscó con la mirada el contenedor de basura y tiró las dos bolsas de plástico. Renunció a coger el ascensor; mientras subía las escaleras inspeccionó con atención el vestíbulo. Tenía una magnífica panorámica de la recepción y del *lobby*, y su vista aún era bastante buena. En una esquina, sentada tras una columna de mármol, había una mujer a la que ya conocía. Dio media vuelta y cogió el ascensor consciente de que el tiempo jugaba en su contra. Salió del ascensor. En la recepción pidió que le llamaran un taxi. El recepcionista contestó que, si tenía prisa, en la callejuela de al lado había una parada de taxis, pero si así lo deseaba, él, naturalmente, le llamaba un taxi.

—Tengo prisa —respondió Gerhard.

Pagó la cuenta, firmó lo que había que firmar, levantó la vista,



miró a los ojos al gigantesco Radostin Petrov e, inesperadamente, le estrechó la mano.

El joven sintió en su palma un fajo de billetes y lo recorrió un sudor frío.

—Haga como si se estuviera despidiendo de mí —le dijo Gerhard despacio, muy tranquilo, con una amplia sonrisa en la cara, sin dejar de estrechar la mano grande del recepcionista.

»—Y ahora escuche. Detrás de la columna hay una mujer. Cuando yo salga, preguntará por mí. Dígale, por favor, que solo he salido del hotel una vez, por la mañana. ¿De acuerdo? Tiene usted que hacer algo más por mí. —Gerhard, sin dejar de hablar, seguía sacudiendo la pesada mano del recepcionista.

El joven, al igual que Gerhard, lucía todo el tiempo una sonrisa amplia y amistosa. Toda aquella situación apenas duró unos veinte segundos, pero a ambos les pareció una eternidad.

Gerhard giró en la callejuela lateral. Era cierto, la parada de taxis estaba cerca, pero él avanzaba cada vez más lento. Acababa de tomar conciencia de que desde el día anterior le dolía el brazo. La bolsa no era grande y tenía ruedas, pero aun así le pesaba mucho.

Finalmente se detuvo, miró alrededor algo inquieto y sacó el móvil búlgaro que pensaba usar una sola vez, pero tenía que contactar con alguien más. Marcó rápidamente un número que conocía de memoria. Llevaba horas repitiéndolo mentalmente como si fuera un mantra.

—Tschapieski. —Sonó casi instantáneamente una voz grave al otro lado.

—¡Soy yo! —soltó rápidamente Gerhard con una creciente sensación de ahogo.

—¿Por qué llamas a este número? Sabes muy bien que...

—Tengo problemas, Waldemar —le interrumpió Gerhard y aceleró el paso porque le pareció que alguien lo seguía.

En la calle hacía cada vez más calor o esa era, al menos, la sensación que tenía. De repente le adelantaron unos jóvenes, risueños, felices. Intentó recordar qué día era. ¿Viernes? Los chicos entraron en el restaurante del hotel. Llegaba una música desde allí y reconoció la canción de cuna de *Rosemary's Baby*. Respiró aliviado y aminoró el paso, pero instantes después volvió a escuchar un sonido regular de pisadas a sus espaldas.

—¡No te entiendo, habla más alto! —Se impacientaba la voz al otro lado.

—Tengo problemas —murmuró Gerhard con voz ronca—. ¡Problemas!

—¿Qué dices? ¿Dónde estás? —En el teléfono se oyó la voz preocupada de Tschapieski.

—Estoy en Bu, es... estoy en Bul... —Gerhard se encontraba cada vez peor, de repente sintió un dolor penetrante en el pecho, dio unos pasos más, tiró fuertemente de la corbata—. Ponte en contacto... ponte en contacto con Seidel.

Cayó.

Del teléfono llegaba una voz alarmada.

—¿Con quién? ¿Qué dices?

—¡Con Seidel! —balbuceó.

—¡Gerhard! ¡Gerhard!

Siguió oyendo a Tschapieski durante unos segundos... y los pasos de alguien que se aproximaba. Quiso gritar, pero de su garganta solo salió un turbio estertor. Extendió el brazo hacia adelante y con un último esfuerzo empujó el teléfono hacia la alcantarilla. Llegó hasta él un sordo ¡ploff! No podía coger aliento, como si estuviera ardiendo por dentro.

«Estoy ardiendo», pensó desesperado.

Poco después alguien se inclinó sobre él y le tomó el pulso. Otra persona le registró la bolsa, le palpó los bolsillos.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó un hombre con una cazadora oscura.

—Aquí, en la chaqueta —contestó el otro, vestido igual, y sacó el móvil alemán de Gerhard. Gerhard ya no era consciente de nada de todo aquello, sus ojos miraban inmóviles.

Estaba muerto.

Ekaterina Koneshova volvió a meter en el bolso su identificador. El recepcionista la miraba barajando en su cabeza todas las normas que había aprendido de memoria en los cursos de formación. Optó por cumplir el punto número 12 del reglamento (garantizar la máxima seguridad de los clientes), que adaptó al instante a las necesidades del momento.

—Ha recibido un paquete... —dijo Ekaterina Koneshova.

—Sí. Sobre las dieciséis horas.

—¿Salió?

—Una vez. Por la mañana.

La mujer lo observaba con atención.

—Quería cambiar su billete de avión —añadió de prisa el recepcionista.

—¿Lo hizo?

—No.

—Quiero ver su habitación.

—Por supuesto.

Radostin Petrov llamó a un botones, pero la mujer lo detuvo con la mirada.

—Me las arreglaré sola.

—Por supuesto —repitió y la acompañó al ascensor.

Una repentina corriente de aire alborotó su pelo largo, el tejido del vestido realzó su silueta bien proporcionada. Un hombre que salía del ascensor sonrió de manera seductora. No le prestó atención.

Bajó en la tercera planta y rápidamente encontró la habitación. Insertó la tarjeta y encendió la luz. En el interior reinaba el desorden habitual de una habitación de hotel. Olía a colonia.

Oyó la sirena de una ambulancia y miró por la ventana. En la esquina de la bulliciosa calle se agolpaba un pequeño grupo de gente. «Basta que haga algo de calor para que por la noche salgan de todas las grietas malolientes, como las cucarachas», pensó con aversión.

Se puso unos guantes, empezó a abrir, uno por uno, los armarios y los cajones. Al final inspeccionó la papelera. No encontró nada. Sonó el teléfono. Contestó inmediatamente. Escuchó atentamente durante un buen rato.

—¿Estás seguro? ¿Está la cámara?

—¡Está!

—¿El teléfono?

—También.

Colgó y se acercó a la ventana. Había tenido mucha suerte, todo había ido según lo previsto, mejor incluso. Era cada vez mayor la cantidad de gente en la esquina de la calle enfrente del hotel; llegó otra ambulancia. Desde donde estaba no podía ver nada, tendría que jugar bien sus cartas allí abajo con la policía y con los de la ambulancia. Salió de la habitación, ya lo tenía todo. A pesar de ello, antes de abandonar el hotel, volvió a pasar por recepción.

—¿Con qué frecuencia limpiáis las habitaciones?

—Según los deseos de los clientes, pero por lo general dos veces al día. Es un hotel de cinco estrellas. —Percibió orgullo en la voz del recepcionista.

—¿Y la habitación en la que acabo de estar? —preguntó bajando un poco la voz e intentando no mirar a la cámara colocada discretamente a la derecha.

—Tendría que comprobarlo.

Ekaterina Koneshova dudó un momento, pero decidió que no era asunto suyo. Había hecho casi todo lo que le correspondía. Como siempre.

Cuando salió, el recepcionista se limpió las gotas de sudor de su despejada frente y echó un vistazo al espacioso vestíbulo. En el bar del hotel, detrás de unas palmeras altas, se agolpaban clientes ingleses y alemanes. Todos tenían la vista clavada en un enorme monitor de televisión y gritaban a cuál más. A juzgar por las voces, algunos estaban ya borrachos. Estaba ganando Alemania. Aparte de los exaltados hinchas, en el vestíbulo no había nadie más.

«Es un buen día para nosotros», pensó el recepcionista; se tenía en mente a sí mismo y al compañero de detrás de la barra. Conocía a los clientes alemanes; cuando estaban de buen humor, su generosidad no tenía límites.

Se apartó de las cámaras. Cuando ya estaba seguro de que ninguna podía captarlo, sacó el dinero del bolsillo. Lo estuvo mirando un buen rato. Ocho billetes de tonos rosa y violeta, preciosos, de unos colores nobles. Tanto dinero. Mucho dinero. ¿Por qué tanto?

Tuvo miedo.

Era joven, pero sabía que la identificación policial de Ekaterina —desgraciadamente no recordaba su apellido— no auguraba nada bueno. Tenía miedo porque no sabía cómo actuar, su miedo era aún mayor porque era inocente. Y si un inocente se veía implicado en un asunto, era culpable porque se veía implicado, esa era la lección que había aprendido en su país en los últimos años. Dudó si no contar todo lo sucedido a la dirección del hotel. Por más vueltas que le diera siempre llegaba a la misma conclusión: era inocente, pero estaba implicado, por lo tanto, era culpable. No podía decirle nada a nadie.

Fuera, frente al hotel, se había armado un alboroto, pero el joven recepcionista no prestaba atención a nada. Pensaba únicamente en el dinero y qué punto del reglamento hotelero había infringido. Y después solo pensaba en que ayudaría a su hermana a pagarse los estudios, en que sería un hermano responsable, un

digno heredero del apellido Petrov. Pero primero le pediría consejo a su padre.

Bajó en el ascensor al restaurante y salió al patio del hotel. Desde la parte trasera del local llegaba la melodía de la canción de cuna de *Rosemary's Baby* y la voz dulce y nostálgica de Mia Farrow.

Radostin Petrov miró al fondo del patio y las ventanas del hotel. En la tapa del contenedor de basura se había posado un pequeño gorrión que le miraba fijamente. Por suerte, los contenedores estaban bajo un tejadillo cubierto por una parra y a un lado había una frondosa acacia. Nada debía alterar a unos clientes de cinco estrellas, escandalizar su vista o herir su olfato. Radostin agarró un saco que estaba junto a la puerta y se dirigió hacia el contenedor, así parecería que estaba tirando la basura. Levantó la maloliente tapa que chirrió. Ridícula y extraña aquella tapa negra de cinco estrellas, más hedionda que la más vieja de las que había en la aldea de su padre, y también él ridículo, hurgando en la basura. Un contenedor viejo, un hotel nuevo, y él como un basurero. Así eran aquellos tiempos, unos tiempos como los de siempre. Sacó del contenedor dos bolsas de plástico rojas y miró en su interior.

La voz de Mia Farrow seguía sonando como si se hubiera rayado el disco, de la calle llegaba el sonido de las sirenas de las ambulancias y de la policía. Aquel enorme hombre no oía nada. Le habían asignado una tarea, si la realizaba le pagaría los estudios universitarios a su hermana. Ya lo tenía claro y no necesitaba pedirle consejo a su padre. El cliente le dijo que debía actuar deprisa, así que se daría prisa.

Cuando salió del hotel, los billetes en su bolsillo hacía tiempo que habían dejado de quemarle. Sonrió astutamente. Una adivina le había predicho que no tardaría en hacer un buen negocio, incluso más de uno.

## LA AUTORA

MAGDALENA PARYS (Gdańsk, 1971) es escritora y periodista. Nacida en Polonia, emigró a Alemania con 12 años, donde reside desde entonces. Graduada en Filología polaca y Pedagogía en la histórica Universidad Humboldt de Berlín, escribe tanto en polaco como en alemán, lenguas con las que colabora en cabeceras como *Gazeta Wyborcza*, *Dialog*, *Stuttgarter Zeitung*, *Wysokie Obcasy* y *Marianne* en Francia. Además, es la fundadora de la revista de literatura polaco-alemana *Squaws*. Debutó como novelista en 2011, con *Tunel*, que recibió la mención Ópera prima del año en Polonia y pronto conoció numerosas ediciones y una primera traducción al francés. En 2014 publicó *Magik* (Mago), primer volumen de la *Trilogía de Berlín*, a la que siguió en 2016 *Biala Rika* (Rika blanca), para firmar en 2020 *Książę* (El príncipe), segundo volumen de la trilogía berlinesa del comisario Kowalski y hasta ahora su última novela. Los libros de Magdalena Parys han sido traducidos a numerosos idiomas, y más en particular *Mago*, ganador del European Union Prize for Literature 2015 y que cuenta con ediciones en Francia, Italia, Alemania y ahora España.

## EL MOSAICO DE EUROPA: REINOS DESAPARECIDOS

*Mago* es el segundo título de los cuatro que integran la colección «El mosaico de Europa: reinos desaparecidos», cofinanciada por el Programa Europa Creativa de la Unión Europea, dentro del marco de Ayudas a los Proyectos de Traducción Literaria 2020.

El proyecto defiende la idea de una tradición literaria común, basada en la conciencia de lo que significa ser europeos, y otorga la mayor de las importancias al bagaje aportado por las minorías y, en especial, a su riqueza lingüística. Pretende llamar la atención sobre la fina, cuando no invisible línea existente entre las fronteras geográficas, históricas y políticas, entre cultura e identidades nacionales, entre pasado y presente, y poner de manifiesto cómo la memoria escrita, distinguida fundamentalmente en las obras de ficción, puede llegar a convertirse en patria común de los europeos, un lugar donde refugiarse de las veleidades de los Estados, siempre sujetos a la frontera ineludible del tiempo.

El resto de libros que integran la colección son: *La épica de las estrellas matutinas* (2021) de Rudi Erebara, *El médico de la prisión* de Ernst Weiss e *Historia de un homicidio* de Ernst D. Kaiser.